

Viviendo en las márgenes del imperio: Luis Jerónimo de Oré y la exploración del *Otro**

NOBLE DAVID COOK

Florida International University

cookn@fiu.edu

Este ensayo reconstruye la biografía del franciscano Luis Jerónimo de Oré, uno de los personajes más destacados de la historia colonial americana entre fines del siglo XVI y comienzos del XVII. Destaca su rol como misionero en América y representante de su orden en el Viejo Continente. Miembro de una antigua familia de la elite local huamanguina, Oré estableció lazos con otros grupos culturales en lugares tan disímiles como los Andes centrales del Perú y Bolivia, la costa de Florida y el Chile meridional.

Palabras clave: Luis Jerónimo de Oré, franciscanos, evangelización, Iglesia colonial, lenguas indígenas

* Traducción de Javier Flores Espinoza. Revisada por Roberto Niada A.

El complejo proceso de transculturación se desenvuelve en una dimensión temporal y espacial discreta, sobre la base de interacciones individuales que conducen a un cambio social más amplio. Para entender plenamente la naturaleza del cambio, su flujo y reflujo, así como la velocidad y el impacto de la transculturación, resulta más provechoso examinar el proceso en el ámbito personal antes que en su producto final. Afortunadamente, resulta posible identificar a muchos de los personajes clave en dicho proceso —quienes se encuentran dentro de las categorías de traductores, misioneros, cautivos, parejas sexuales o exploradores—, dada su prominencia en las interacciones culturales producidas a lo largo de las fronteras étnicas. En el ámbito cultural, la religión tiene un papel central en todas las sociedades premodernas. A quienes hacen que un sistema religioso se imponga a otro, ya sea por la fuerza de la conquista o por métodos de persuasión más sutiles y menos intimidantes, les cabe un papel central en redirigir y modificar la vida espiritual de las entidades étnicas. Mi objetivo en este ensayo es examinar el papel de Luis Jerónimo de Oré, un personaje sorprendente que en el transcurso de su actividad, entre el siglo XVI y comienzos del XVII, atravesó las fronteras culturales en lugares tan disímiles como los Andes centrales del Perú y Bolivia, la costa de Florida y el Chile meridional.

CRECIENDO EN LA FRONTERA

Luis Jerónimo de Oré nació en la sierra central peruana, en la ciudad de Huamanga (la actual Ayacucho), hacia 1554.¹ El nombre completo de la ciudad era «San Juan de la Frontera de Huamanga», o «San Juan de la Victoria de Huamanga», lo que indica la naturaleza misma de su lugar de nacimiento, fundado poco más de una década antes de que Oré viniera al mundo. El sitio originalmente elegido en 1539 fue Quinua, un caserío a tres leguas de distancia, pero era demasiado frío, por lo que el

¹ Podemos encontrar breves esbozos biográficos en Polo, José Toribio. «Luis Gerónimo de Oré». *Revista Histórica*. 2 (1907), pp. 74-91; Mendiburu, Manuel de. *Diccionario histórico biográfico del Perú*. Lima: Imprenta Gil, 1934, t. VIII, pp. 247-248.

25 de abril de 1540 la ciudad fue mudada a su actual ubicación. Según los testigos que ayudaron a preparar una relación geográfica de la urbe en 1586, lo de «Frontera» se debía a que la ciudad se hallaba «en frontera del inga que en los Andes estaba encerrado de miedo de los españoles».² En efecto, durante década y media, las amenazas conjuntas de una probable rebelión nativa y de las guerras civiles entre los españoles fueron preocupaciones constantes, casi diarias, de los vecinos de la ciudad.

Aunque no formó parte de la hueste de Francisco Pizarro, Antonio de Oré, padre de Luis Jerónimo, fue uno de los primeros colonos del Perú. Los Oré provenían de las Islas Canarias y tenían por ello una experiencia previa en la formación del imperio en sus márgenes, así como en el trato con pueblos no europeos, en este caso los guanches, los habitantes originales de las islas emigrados desde el noroeste del África. Antonio se perdió el primer botín de la conquista de Pizarro, el oro y la plata del rescate de Atahualpa repartido en Cajamarca en 1533, pero llegó a los Andes con suficiente presteza como para combatir. En 1538 se distinguió en la batalla de las Salinas, en la cual los pizarristas vencieron a las fuerzas de Diego de Almagro. También contribuyó con dinero (calculado en diez mil pesos) en la conquista de los indios guancas chupaychos.

Fue probablemente en septiembre de 1542, tras la batalla de Chupas y la derrota de Diego de Almagro el Mozo, que recibió por derecho propio la rica encomienda de Hanan Chilques de manos del gobernador Cristóbal Vaca de Castro. No obstante ello, su posición y riqueza provinieron en parte de su matrimonio con la viuda doña Luisa Díaz de Rojas y Rivera, hija del vecino de Huamanga Pedro Díaz de Rojas, encomendero de Quinua. Al finalizar la rebelión de Gonzalo Pizarro, Pedro de la Gasca ordenó que se visitara la encomienda de Oré; así, encontramos que este «terná seisçientos yndios y darle an ochoçientos o mil pesos sin el servicio y proveymiento para su casa».³ Oré estaba en

² «Relación de la ciudad de Guamanga y sus términos. Año de 1586». En Jiménez de la Espada, Marcos (ed.). *Relaciones geográficas de Indias, Perú*. Madrid: Atlas, 1965, t. I, p. 182.

³ Cook, Noble David, Rafael Varón Gabai y Javier Flores Espinoza. «Gasca». Manuscrito inédito.

el Cuzco el 23 de abril de 1549, junto con varios otros encomenderos de Huamanga, cuando se certificó la exactitud de las cifras. La pareja se afincó de modo permanente en Huamanga, la ciudad española más cercana a sus indios, tal como lo habían establecido las ordenanzas reales de comienzos de la década de 1550; y gracias al tributo y trabajo de los amerindios que le habían sido encomendados, junto con inversiones en minas y tierras cercanas, así como en obrajes, logró amasar una importante fortuna. Antonio de Oré y su esposa llegaron a ser reconocidos como vecinos importantes y miembros de la elite de la ciudad. En 1554, aquel era uno de los regidores de Huamanga que hizo conocer su oposición a Francisco Hernández Girón. En 1571, él —o quizás su hijo Antonio— se desempeñaba como corregidor de dicha ciudad.⁴

Aunque la mayoría de los historiadores solo menciona a los cuatro hijos de Oré que posteriormente serían religiosos y a las hermanas que fundarían el convento de Santa Clara en Huamanga, lo cierto es que la familia era más grande. La pareja tuvo la fortuna de que la mayoría de sus hijos sobreviviera, pues la mortandad infantil en el temprano Perú colonial era alta, incluso entre la elite hispana. Al menos dieciséis de los hijos de Antonio de Oré y doña Luisa alcanzaron la adultez, ocho de los cuales fueron niñas. El lapso existente entre el nacimiento de sus hijos indica que fueron nodrizas, quizás venidas de la encomienda de Hanan Chilques, las que les proporcionaron el primer alimento a los pequeños. Resulta interesante el dato de que la encomienda de Oré probablemente

⁴ El dato de que Oré recibió la merced de Vaca de Castro después de la batalla de Chupas se encuentra en Biblioteca Nacional del Perú (en adelante BNP), Z328, Z330, Z336; y en Cook, Noble David (ed.). *Tasa de la visita general de Francisco de Toledo*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1975, pp. 276-277. De la Puente Brunke señala que Antonio de Oré recibió la merced en 1561 y que, para 1574, estaba en manos de su hijo Jerónimo, el hermano de Luis Jerónimo, quien, según Stern, se casó con una «noble incaica» (Puente Brunke, José de la. *Encomienda y encomenderos en el Perú*. Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla, 1992, p. 387; y Stern, Steve J. *Peru's Indian Peoples and the Challenge of Spanish Conquest. Huamanga to 1640*. Madison: University of Wisconsin Press, 1982, p. 170). Con respecto a las posesiones económicas de la familia, véase Salas de Coloma, Miriam. *De los obrajes de Canaria y Chincheros a las comunidades indígenas de Vilcashuamán. Siglo XVI*. Lima: Sesator, 1979.

incluyera tanto a aimara como a quechuahablantes. Según Salas de Coloma, los niños pasaron su infancia entre Huamanga y el pueblo de Canaria, donde se hallaban los obrajes de la familia.⁵ La competencia lingüística de varios de ellos puede explicarse también por el hecho de que sus niñeras, así como sus primeros acompañantes, fueran naturales de la sierra. El grueso del patrimonio familiar —el mayorazgo— pasaría a Jerónimo de Oré, quien casó con doña Aldonsa de Acevedo y Guevara. Su hijo, que recibió el nombre de su abuelo, contrajo matrimonio con doña Mariana Pizarro de Orellana, ligando así la familia Oré con otra línea distinguida.⁶

Resulta imposible decir si fue por una convicción verdadera o por temor a la condena eterna en una era de fe, pero lo cierto es que el viejo Antonio de Oré fue un hombre religioso. San Jerónimo fue el patrono de la familia, y el encomendero Oré enfatizó tanto la educación religiosa de su familia como las obras pías a favor de la Iglesia, llegando a ser un patrocinador incondicional de las obras de la orden franciscana en el Perú. La parroquia de la catedral se fundó en 1540, un convento mercedario en ese mismo año, otro dominico en 1548 y uno franciscano en 1552. Antonio de Oré fue, en gran medida, responsable de la fundación del convento de las clarisas en Huamanga. Según una tradición que ha perdurado hasta el día de hoy, dicho convento fue levantado con la plata de una mina recientemente descubierta por aquel, y la rica veta se agotó en 1568, justo cuando la estructura estaba a punto de ser culminada. Por otra parte, Antonio conocía bien el latín, y lo impartió tanto a los niños como a las niñas de la familia. A medida que las obras del convento avanzaban, el padre memorizó el ritual eclesiástico apropiado para el mismo y lo enseñó a sus hijas, las cuales habrían de ser las fundadoras de la casa de Huamanga y sus abadesas en forma alternada. De dieciséis

⁵ «Descripción fecha de la provincia de Vilcas Guamán por el ilustre señor don Pedro de Carbajal, corregidor y justicia mayor della, ante Xpistóbal de Gamboa, escribano de su juzgado, en el año de 1586». En Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas*, t. I, p. 212; Pello, Xavier. «Los últimos días de Luis Jerónimo de Oré (1554-1630): un nuevo documento biográfico». *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*. 29/2 (2000), p. 163.

⁶ BNP, Z328 y Z330.

de los hijos e hijas ocho, o tal vez nueve, ingresaron en la Iglesia. Cuatro o cinco mujeres ingresaron en el convento.⁷

Cuatro varones entraron en la orden franciscana. Pedro, el mayor, se distinguió como misionero en las doctrinas peruanas y posteriormente sería custodio de Tierra Firme y guardián del convento franciscano de Panamá. Dionisio se ocupó de muchas doctrinas andinas, entre ellas las de Cajamarca, Jauja, los Collaguas y, finalmente, el Cuzco. Antonio pasó muchos años al servicio de la Iglesia. Pero el más célebre en su tiempo sería Luis Jerónimo. En su preparación religiosa, los cuatro hermanos Oré no solo aprendieron latín, sino que se les enseñó a tocar el órgano y la *tecla* (un instrumento similar al clavicordio). Y muchos años más tarde, fray Diego Sánchez, al prestar su testimonio oral a Diego de Córdoba Salinas —que por ese entonces preparaba una historia de la orden franciscana en el Perú—, recordaría que los muchachos eran excelentes intérpretes del canto llano (canto gregoriano).⁸

En suma, el joven Luis Jerónimo y sus hermanos y hermanas aprendieron el quechua —y probablemente el aimara— de los muchos sirvientes indios y sus familias que formaban parte de su extensa unidad doméstica. El español, y pronto el latín, los aprenderían al lado de sus padres. El viejo Antonio de Oré probablemente usó una o más gramáticas latinas y textos clásicos como ayuda en la enseñanza elemental; asimismo, pudo haber contratado a un tutor. Ahora bien, la comunidad de frontera de Huamanga, que según el cosmógrafo real Juan López de Velasco apenas si tenía a finales de la década de 1560 un puñado de vecinos españoles, no contaba con servicios educativos para los niños, de modo que para completar su instrucción formal, los hermanos tendrían que viajar a los

⁷ BNP, Z328, Z330 y C341 (originalmente registro 35 en el Archivo del Convento de San Francisco de Lima), ff. 52r-56r. Las hijas Ana del Espíritu Santo (n. en 1544), Leonor de Jesús, María de la Concepción (ambas n. en 1549), Inés de la Encarnación (n. en 1553) y quizás también más adelante «la menor» —María de Oré— se unieron al convento de Huamanga. Para 1586, este tenía unas treinta monjas (Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas*, t. I, p. 199).

⁸ BNP, C341, ff. 52r-56v. Véase López de Velasco, Juan. *Geografía y descripción universal de las Indias*. Edición de Justo Zaragoza. Madrid, 1894; y Stern, *Peru's Indian Peoples*.

centros urbanos más grandes. El Cuzco y Lima se hallaban aproximadamente a igual distancia de Huamanga, siendo el primero la capital del vencido imperio inca y el segundo el centro administrativo del virreinato del Perú. Parece que el joven Luis Jerónimo viajó al Cuzco a continuar su educación. Tenía unos catorce años cuando emprendió el viaje por la sierra hasta la ciudad imperial, donde, en 1568, pasó a ser un novicio en el convento franciscano.⁹ Su llegada a esta urbe antecedió por poco al arribo del virrey Francisco de Toledo y la conquista final del Estado neoinca de Vilcabamba, liderado por Túpac Amaru. Oré debe de haber presenciado la dramática ejecución del inca en la plaza principal de la ciudad, pues posteriormente escribiría lo siguiente: «lo sacaron al Cuzco donde en medio de la plaza con gran concurso de indios y con increíble dolor y sentimiento dellos y de los religiosos y españoles le cortaron la cabeza, por mandado del virrey don Francisco de Toledo. Y así feneció el imperio de los ingas».¹⁰

El potencial intelectual de Luis Jerónimo debe de haber sido advertido y apreciado tempranamente por sus superiores, pues volvió a viajar a continuar su instrucción, esta vez a Lima. Allí se graduó en la Universidad de San Marcos a fines de la década de 1570. Sus estudios habrían comprendido las materias religiosas que eran un prerrequisito para la carrera eclesiástica. Algunas fuentes mencionan que luego fue lector en Teología, pero debe, asimismo, de haber estudiado los rudimentos del Derecho, pues no mucho después sería procurador de las misiones franciscanas y posteriormente representante legal del obispo del Cuzco. Oré fue ordenado en Lima el sábado 23 de septiembre de 1581 por el arzobispo Toribio de Mogrovejo. Tenía entonces aproximadamente 27 años de edad y se hallaba al inicio de la que sería una larga carrera religiosa. En 1630, el cronista franciscano fray Buenaventura de Salinas y

⁹ Archivo General de Indias (en adelante AGI), Lima, 309. En 1620, el obispo de Arequipa le escribió al rey que los doctrineros criollos conocían mejor las lenguas indias, por ser «nacidos acá si bien es verdad que muchos naturalmente la saben porque la mamaron con la leche».

¹⁰ Oré, Luis Jerónimo de. *Symbolo cathólico indiano*. Lima: Antonio Ricardo, 1598, f. 42.

Córdova señalaría que Oré fue uno de los primeros graduados criollos que llegaría a ser obispo.¹¹

El talento lingüístico del joven Luis Jerónimo fue conocido cuando tenía alrededor de 25 años. Según el testimonio dado posteriormente por otros franciscanos, como manejaba fluidamente el quechua, los miembros del Tercer Concilio Limense le pidieron su ayuda para preparar un catecismo. De acuerdo con fray Diego Sánchez —un testigo que conoció a Oré—, «quando se hizo el concilio de Lima uno de los señalados p[ar]a hazer el cathesismo, y sermones y otras cosas que se mandaron en el concilio pa[r]a la doctrina de los yndios, fue el p[adr]e fray Luys de Oré, y después compuso un libro en la lengua de los yndios del qual usan, casi todos los doctrinantes deste reyno». ¹² El concilio ordenó que se formara una comisión integrada por miembros de todas las órdenes de misioneros presentes en el Perú: dominicos, mercedarios, franciscanos y —los más recientes— jesuitas. Los historiadores aún debaten la autoría del catecismo conjunto: cada orden tiene sus defensores, y los estudiosos parcializados tienden a ignorar las contribuciones hechas por los partidarios de las órdenes religiosas opuestas. ¹³ Está claro que a Luis Jerónimo de Oré le cupo un papel en esta empresa, aun cuando la naturaleza exacta de su contribución sigue siendo incierta. Diversos catecismos quechuas habían circulado como manuscritos en los años previos al Tercer Concilio y cada una de las congregaciones religiosas tenía su versión favorita. A aquellos se les revisó e integró en el catecismo final, publicado en Lima en 1584. ¹⁴

¹¹ Salinas y Córdova, Buenaventura de. *Memorial de las historias del Nuevo Mundo Pirú*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1957, pp. 176-177; y Polo, «Oré», pp. 74-91.

¹² BNP, C341, f. 60.

¹³ Bartra, Enrique T. «Los autores del catecismo del Tercer Concilio Limense». *Mercurio Peruano*. 470 (1967), pp. 359-372.

¹⁴ BNP, C341, ff. 28r y 55v; y AGI, Lima, 126. El hecho de que la comisión se reuniera en el colegio jesuita ha hecho que algunos investigadores asuman incorrectamente que se trató de una empresa asumida solo por miembros de esta orden.

ORÉ EN LAS DOCTRINAS DE INDIOS

Los franciscanos tuvieron a su cargo varias parroquias (doctrinas) de indios en el virreinato; las de Jauja, Cajamarca y los Collaguas fueron de las más importantes en el siglo XVI.¹⁵ Oré fue asignado a este último lugar a mediados de la década de 1580, y su preparación en leyes le resultó útil. El rico valle del Colca, ubicado entre el Cuzco y Arequipa, era conocido como el corregimiento de los Collaguas y tenía cinco repartimientos de indios. La parte río arriba fue encomendada por Francisco Pizarro a su hermano Gonzalo a comienzos del decenio de 1540, pero este perdió tanto la cabeza como a sus indios al finalizar la rebelión de los encomenderos. Su merced de indios, a la que se conocía como Yanque Collaguas, fue entregada entonces a Francisco Noguerol de Ulloa. En la década de 1570, el rey la tomaría debido a que Noguerol había pasado a España y no había retornado dentro del lapso permitido.¹⁶ Ahora bien, el valle alto del Colca era el centro de actividades de los franciscanos, aun cuando estos también ocuparon algunas doctrinas en el valle medio. Gonzalo Pizarro, probablemente, hizo los primeros intentos de convertir a los collaguas, y es posible que haya apoyado los esfuerzos franciscanos; no obstante, las misiones de esta orden no quedaron organizadas formalmente sino hasta 1561. Para cuando el virrey Toledo visitó la zona en la década de 1570 y los indios fueron reducidos a la fuerza en pueblos de tipo español, la orden contaba ya con varios templos en el valle alto, hallándose su centro de operaciones en el pueblo de Coporaque. La obra de los franciscanos en las doctrinas indias fue perturbada en 1581, el año en que Toledo regresó a España, cuando Jerónimo de Villacarrillo, el comisario general de la orden en el

¹⁵ El mejor examen de la historia de las actividades de la orden en el temprano Perú colonial es el de Tibesar, Antonine. *Franciscan Beginnings in Colonial Peru*. Washington, D.C.: Academy of American Franciscan History, 1953. También es útil la colección documental de Izaguirre, Bernardino (ed.). *Historia de las misiones franciscanas*. Lima: Talleres Tipográficos de la Penitenciaría, 1922-1930, 14 vols.

¹⁶ Para la historia de este encomendero, consúltense Parma Cook, Alexandra y Noble David Cook. *Good Faith and Truthful Ignorance: A Case of Transatlantic Bigamy*. Durham, N.C.: Duke University Press, 1991; y también Cook, Noble David. *People of the Colca Valley: A Population Study*. Boulder: Westview Press, 1982.

Perú, hizo que los frailes regresaran a sus conventos y les retiró del manejo cotidiano de las doctrinas. Su motivación era religiosa, en consonancia con los ideales originales de la orden, pero también entraban en juego factores políticos y económicos. El reemplazo que las órdenes hacían del clero secular era una solución temporal debido a la falta de doctrineros; una vez que hubiese suficientes clérigos seculares, estos se harían cargo de las parroquias de indios y los frailes retomarían su vida conventual. Asimismo, las doctrinas en Collaguas eran ricas, por lo que el clero secular presionaba para conseguir los frutos del valle del Colca.

En cuestión de meses, los curacas de los collaguas empezaron a quejarse de los derechos excesivos que los seculares cobraban por la administración de los sacramentos de la Iglesia, y solicitaban que se devolvieran las doctrinas a los franciscanos. Las peticiones le llegaron al virrey en Lima, y luego a Felipe II y al Consejo de Indias en España. Una respuesta favorable fue conocida pronto, pero pasó un tiempo antes de que los franciscanos pudieran reasumir su labor en el valle. Provistos de una orden emitida por el virrey conde del Villar, el procurador franciscano Luis Jerónimo de Oré y el guardián Luis de Sangil iniciaron el proceso de recuperación en Arequipa, el 15 de septiembre de 1586. No obstante, la disputa entre regulares y seculares en el valle se desató en serio cuando Hernando Medel, el cura de Lari Collaguas, se rehusó a dejar su cargo. No fue sino hasta julio de 1590 que los franciscanos lograron retomar todas las doctrinas perdidas, salvo una. Reforzados con una cédula del nuevo virrey, el procurador Oré y el guardián Pedro Román expulsaron por la fuerza a varios de los seculares, lo que debe de haber resultado interesante de ver para los indios feligreses. Según los testigos, la población local lloró de alegría cuando los franciscanos reasumieron sus obligaciones religiosas.¹⁷

Los aproximadamente nueve años (1586-1595) que pasó como doctrinero en el valle del Colca fueron importantes para Oré, tal vez los más productivos de su extensa carrera. Además de actuar como representante legal de la orden, fue también cura del centro franciscano de Coporaque.

¹⁷ Archivo del Convento de San Francisco de Lima (en adelante ASFL), reg. 13, ff. 220r-222r, 451r-481v y 505r-507v.

La rutina religiosa de misas, matrimonios, bautismos, confesiones y la preparación para la muerte ocupó gran parte de su tiempo.¹⁸ Esta no era la frontera inquieta de la temprana Huamanga de su infancia, o el Cuzco de cuando se ejecutó a Túpac Amaru, donde otros europeos brindaban seguridad. Aquí él era uno de poco más de una docena de españoles y criollos, con ocho a doce franciscanos, un corregidor y una puñada de sirvientes u oficiales en un océano de unos quince mil indios que recientemente habían sido obligados a abandonar sus pequeños caseríos y a construir y vivir en pueblos de estilo europeo. Su doctrina comprendía unas mil almas. Él era el forastero, y tal vez se hallaba más solo entre los *otros* de lo que hasta ese entonces lo había estado en toda su vida. Mientras impartía su visión religiosa a los collaguas, iba también finalizando sus textos más importantes, y es claro que fue en esta época que perfeccionó su fluidez en el quechua y el aimara. Aquí contaba con una ventaja porque, a diferencia de muchas provincias indias, Collaguas incluía hablantes de ambas lenguas. El hospital de Coporaque y la escuela de indios también captaron su atención. Oré debe de haber aprendido bastante conversando con don Diego Coro Inga, el escribano y profesor de aquel pueblo. Antes de que dejara el valle hacia 1595, Luis Jerónimo ya había completado una serie de obras de primerísima importancia para los esfuerzos evangelizadores de la Iglesia en la América andina: el *Symbolo cathólico indiano*, el *Rituale, seu manuale peruanum* y unos macizos diccionarios y gramáticas quechua y aimara.¹⁹

Oré regresó a Lima en 1595 y allí se le asignó su siguiente cargo, esta vez como guardián de las misiones de Jauja, en la sierra central. Aquí, el

¹⁸ Pease, Franklin (ed.). *Collaguas I*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1977, p. 132.

¹⁹ Oré, *Symbolo cathólico*, ff. 36-39; y Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas*, t. I, pp. 326-333. Fernando de Armas Medina reporta que «ya en 1587, el franciscano fray Luis Jerónimo de Oré había compuesto un *Vocabulario y Arte* y dos libros sermonarios, en lenguas aymara y quechua» (ver *Cristianización del Perú, 1532-1600*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1953, p. 302). Por real cédula de 1594, Felipe II pidió informe al virrey del Perú sobre la utilidad de estas obras, que poco después fueron publicadas (AGI, Lima, 317). Al respecto, véanse Quesada, Vicente. *Derecho de patronato*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 1910, pp. 22-23; y Garmendia, José Ignacio. «Un catecismo para los indios de Sudamérica». *Revista Estudios*. 49 (septiembre de 1933), p. 191.

diligente franciscano se hallaba lo suficientemente cerca de la capital como para supervisar la publicación del *Symbolo cathólico indiano*. Esta obra, al igual que las otras, debía ser aprobada por una comisión para asegurar de que no incluyera nada contrario a la fe. El virrey marqués de Cañete creó dicha comisión, la cual revisaría también los «Sermones del año» y un «Arte y gramática en romance y en las lenguas generales deste reyno quechua y aimara», lamentablemente perdidos. Hernando de Trejo, obispo del Tucumán, indicó que la obra de Oré ya estaba siendo usada extensamente en forma manuscrita en su diócesis y en la del Cuzco, y recomendó su publicación, al igual que los restantes comisionados. Finalmente, el *Symbolo cathólico indiano* fue impreso por Antonio Ricardo en Lima, en 1598.

La posición de Luis Jerónimo como intérprete del estatus y condición del otro, en este caso los andinos, queda aquí claramente en evidencia. En su obra usó copias publicadas o manuscritas de crónicas de la historia del Perú, entre ellas la *Historia general de las Indias* de Gonzalo Hernández de Oviedo y Valdés, la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú* de Agustín de Zárate, la *Historia del Perú* de Diego Fernández y los escritos del jesuita José de Acosta, específicamente la *Natura Novi Orbis* y *De procuranda indorum salute*.²⁰ Asimismo, Oré empleó informantes nativos: uno de ellos fue don Carlos Inga, nieto de Huayna Cápac, «a quien conocí y traté en el Cuzco».²¹ Luis Jerónimo advirtió el estatus secundario que tenían los amerindios y la necesidad que había de protegerlos:

Desdichados los naturales, infelice condición servil la de los indios [...]. Testigo desto es la misma tibieça que vemos en los indios, pues las cosas de su conversión las tienen por accessorias, y acuden, como si fuera más principal, a las continuas ocupaciones, trabajos, mitas, y servicios personales en los caminos, y en las ciudades y lugares, y en los fletes y traxines de diferentes géneros en que nunca paran en todo el año, y en toda la vida, y con grande disminución desta nación de los indios [...]. Quisiera oyr y seguir el parecer de hombres doctos a quien[es] les constará desta comparación, como a mí que la he hecho muchas vezes, más que seguir el propio y dar sentencia tan nueva como parescerá a los no versados en historias la que escrivo aora

²⁰ Oré, *Symbolo cathólico*, ff. 37r-37v.

²¹ *Ib.*, f. 42r.

en favor de los indios, y es (salvo mejor juyzio) que después de las nobles naciones de Europa, conviene a saber de los españoles, franceses, italianos, flamencos, y alemanes, y otras que con el baptismo recibieron orden político de vivir, después de los griegos y de algunas naciones africanas, puedo dezir que la nación de los indios peruanos, y los de Chile, Tucumán, Paraguay, y de los del nuevo reyno de Granada, y los de México, es una de las más nobles, honradas y limpias que hay en todo el mundo universo.²²

El franciscano considera injusta la ejecución del «pobre rey» Atahualpa: «desde el marqués Piçarro hasta el postrero de los cómplices de esta muerte, la pagaron con las vidas, que a todos ellos se las quitaron a puñaladas y violentamente, porque ante Dios clama y da voces la sangre humana derramada injustamente».²³ De otro lado, Oré frecuentemente incluye información específica sobre el pasado andino y la naturaleza de sus pobladores —la guerra nativa, los conflictos en torno del agua y la tierra, la conquista y el control incaicos, los maltratos inflingidos por Gonzalo Pizarro— al referirse a varios testimonios que recogió de los informantes collaguas de su doctrina.

En las doctrinas de este lugar hubo un legado directo y continuo, pues los textos religiosos de Luis Jerónimo siguieron siendo utilizados. Durante una visita secreta llevada a cabo por el licenciado Pedro Fernández Barrias en Madrigal, el 8 de octubre de 1612, se presentaron dos cargos en contra del doctrinero del pueblo, el bachiller Francisco Lorido Flores, hallándosele culpable en ambos y multándosele por ello. Se le impusieron seis pesos por no haber designado a nadie para que actuara en la doctrina en ausencia suya, especialmente para bautizar o confesar cuando la muerte era inminente. También se le multó con otros ocho pesos por no instruir a los indios de su doctrina de acuerdo con el «catecismo del *Santísimo Sacramento*» compuesto por Oré, como lo había ordenado el obispo Antonio de la Raya, y se le exigió que de aquel día en adelante les enseñara con dicho catecismo.²⁴

²² Ib., ff. 21r-21v y 37v.

²³ Ib., f. 41v.

²⁴ AGI, Lima, 326.

En 1600, Luis Jerónimo, quien ya había abandonado Jauja, se hallaba a cargo de una de las parroquias indias del floreciente y rico centro minero de Potosí, por ese entonces una de las ciudades más grandes del mundo occidental. Aquí se encontró con el fraile jerónimo Diego de Ocaña, el cual viajaba por todo el virreinato difundiendo el culto de la Virgen de Guadalupe (su viaje duró de 1599 a 1606). Ocaña dejó un halagador informe del trabajo de Oré en el centro minero:

predicaba a todos los indios en su propia lengua el milagro, cada domingo en que predicaba a los indios les narraba uno de los milagros incluidos en el libro de Nuestra Señora de Guadalupe. Y con esto terminaba el octavario, y ponía la imagen en el altar mayor, por encima del sagrario en donde se halla ahora, con mucha veneración.²⁵

Luis Jerónimo estuvo unos tres años en Potosí, el tiempo usual de un nombramiento franciscano. Posteriormente, Antonio de la Raya, en aquella época obispo del Cuzco, le asignó una doctrina urbana en un momento en que los beneficios más ricos eran entregados al clero secular. Aquí también el persuasivo estilo de la prédica de Oré le ganó la fama local. Bernabé de Fuentes contó que la decisión de Raya de asignarle una doctrina de indios al fraile «nunca había sido hecho antes, ni visto en este reino», y fue «para que pudiera predicar en todas las parroquias de indios en la ciudad del Cuzco, como lo ha hecho ya, con tan notable participación dellos, y predicando en el cementerio pues no cabían todos en las iglesias».²⁶ Impresionado por la erudición del franciscano, el obispo le nombró para que viajara «a España con licencia de los preladados, y cartas para el rey y su Santidad, en las cuales se pedía que el dicho fraile Luis Jerónimo de Oré sea aceptado como su coadjutor». Luis Jerónimo presentó tres manuscritos a Raya el 31 de enero de 1604: un «sermonario», un manual para la administración de los sacramentos en las lenguas de los indios y su arte y vocabulario en quechua y aimara.

²⁵ Ocaña, Diego de. *Un viaje fascinante por la América hispana del siglo XVI*. Madrid: Studium, 1969, p. 178.

²⁶ BNP, C341, ff. 28r-28v.

LUIS JERÓNIMO DE ORÉ EN EUROPA

El franciscano pasó la mayor parte de los siguientes nueve años en el Viejo Continente. Debió de haber llegado a la península en marzo de 1605, pues la publicación del *Rituale* fue autorizada formalmente en una sesión del Consejo de Indias celebrada en Valladolid en dicho mes. Oré tal vez estuvo presente en dicha reunión, pues el obispo Raya le había encargado dos tareas importantes antes de que dejara el Perú: defender ante el Consejo a la diócesis del Cuzco en una disputa territorial que mantenía con el obispado de Charcas y conseguir el apoyo real para el establecimiento de una universidad en la vieja capital de los incas.²⁷ El nombramiento hecho por Raya incluía, asimismo, saludos para el Papa, de modo que Luis Jerónimo prosiguió su viaje a Roma. Allí, Paulo V emitió una orden directamente relacionada con su presencia el 3 de diciembre de 1605.²⁸ El *Tratado sobre las indulgencias* de Oré sería publicado en Alessandria, en el Piamonte italiano, en 1606. Luis Jerónimo la dedicó al maestro Vestrio Barbiano, amigo suyo y datario del Papa.²⁹ Al año siguiente, se imprimió en Nápoles el *Rituale, seu manuale peruanum*, una de sus obras más célebres. Las secciones en quechua y aimara de este texto, que era un manual completo de la administración de los sacramentos para la Iglesia de la América andina, fueron preparadas directamente por Oré, quien había consultado en el Perú los manuales de Salamanca y Sevilla, los viejos y nuevos manuales mexicanos, el que se usaba en Portugal y el Brasil, el que empleaba la Iglesia francesa y también los de Italia. El franciscano cuidó de no desviarse en modo alguno de la doctrina católica

²⁷ Levillier, Roberto. (ed.). *Papeles eclesiásticos de Tucumán*. Madrid: Imprenta de J. Pueyo, 1926, vol. II, pp. 377-378.

²⁸ Vargas Ugarte, Rubén. *Historia del culto de María en Iberoamérica y de sus imágenes y santuarios más celebrados*. Buenos Aires: Editorial Huarper, 1947, pp. 80-83. En dicha fecha, en *De salute Dominici gregis* se concedió una indulgencia a todos los que se hallaban en la catedral de Lima y participaban arrodillándose durante el salve y las letanías. Vargas Ugarte pensaba que Oré quizás compuso el documento, el cual tuvo su origen en las medidas tomadas por el Tercer Concilio Limense y la «Consulta o ritual de la iglesia metropolitana de Lima».

²⁹ Medina, José Toribio. *Biblioteca hispano-chilena (1523-1817)*. Santiago de Chile: Impreso y grabado en casa del autor, 1897-1899, vol. I, pp. 103 y 129.

oficial y recibió el pleno respaldo de Roma. En el volumen se incluyeron versiones breves de la doctrina básica en otras lenguas. El texto en puquina fue preparado por el jesuita Alonso de Barzana; el mochica, por el clero secular de la costa norte peruana; fray Luis de Bolaños acuñó la versión guaraní; y la «Brasílica», la tupi-guaraní, fue compuesta conjuntamente por franciscanos, benedictinos y jesuitas.³⁰ Desgraciadamente, los diccionarios y gramáticas quechua y aimara, hoy buscados por varios investigadores, desaparecen de los registros durante la estadía de Oré en Italia. A nuestro personaje se le pierde el rastro hasta 1611, cuando le encontramos nuevamente en España. Hacia fines de ese año, el rey y Antonio de Trejo, el comisario general de la orden para las Indias, le encargaron que reclutara misioneros para la Florida.

Le tomó tres años llegar a la ciudad y presidio de San Agustín, en la costa atlántica de la Florida. Mientras viajaba de Madrid a Cádiz, a comienzos de 1612 Oré pasó por Córdoba y allí se topó con otro peruano, el inca Garcilaso de la Vega, quien ya era un célebre estudioso renacentista, además de traductor y mediador entre dos mundos. Recientemente, había publicado una obra de interés para los frailes que Luis Jerónimo venía reclutando: *La Florida del Inca*. Garcilaso tuvo acceso al *Symbolo cathólico indiano* de Oré y tomó prestados algunos extractos para su historia de los incas. El célebre cronista reportó que Luis Jerónimo solicitó una copia de la historia de la Florida, para que los frailes «puedan llevarla consigo para saber y tener noticias de las provincias y costumbres de esa gentilidad. Y le serví con ocho libros, los tres de la Florida y los cuatro de los *Comentarios*». El Inca afirma que el franciscano quedó complacido, añadiendo además que «Su Divina Majestad se sirva de ayudar en esta petición, para que esos idólatras dejen el abismo de su ignorancia».³¹

³⁰ Oré, Luis Jerónimo de. *Rituale, seu manuale Peruanum, et forma brevis*. Nápoles: Iacobum Carlinum y Constantinum Vitalem, 1607.

³¹ Garcilaso de la Vega Inca. *Obras completas*. Madrid: Atlas, 1960, vol. IV, p. 124; y Medina, *Biblioteca*, vol. I, p. 115. Para el papel de Garcilaso como traductor y estudioso renacentista, consúltese Zamora, Margarita. *Language, Authority, and Indigenous History in the Comentarios Reales de los Incas*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988.

El reclutamiento de personas para las misiones de la Florida entre fines de 1611 e inicios de 1612 fue exitoso: reunió a 24 varones, provenientes fundamentalmente de conventos de Castilla la Vieja. El grupo zarpó del puerto de Cádiz este último año, pero sin Luis Jerónimo, quien estaba para ese entonces convocando a religiosos para que sirvieran como doctri-neros en Venezuela. El 20 de junio de 1613, la Casa de Contratación de Sevilla le autorizó a embarcarse con el nuevo grupo, pero el fraile, otra vez, no logró unirse a la expedición que había ayudado a preparar.³² Es probable que la causa de que no partiera haya sido otra misión más, una particularmente importante para su orden: el reunir testimonios de la juventud de fray Francisco Solano, cuya ejemplar carrera evangelizadora en América había hecho que sus contemporáneos promovieran su beatificación.³³ Se trataba de una tarea engañosamente simple. Solano, un destacado lingüista, había fallecido en el convento franciscano de Lima el 14 de julio de 1610. La gran obra evangelizadora del fraile tuvo como escenario la peligrosa e inestable frontera oriental del virreinato peruano (en lo que hoy es Bolivia), donde se dijo que realizó muchos milagros de curación y conversión. Su fama como predicador en lenguas nativas era extendida, pues tenía un profundo conocimiento de las «varias y distintas y dificultísimas lenguas de la provincia de Tucumán, que se juzgaba cosa sobrenatural y por infusión del Espíritu Santo, milagrosamente».³⁴ En su nueva tarea, Oré aplicó su talento con cuidado y de modo exhaustivo, e inició la recolección de información en Sevilla el 11 de julio de 1613. Viajó a los lugares donde Solano había vivido y predicado, tomando testimonios orales y escritos en Marchena, Baeza, Arrizafa, Adamuz, San Francisco del Monte, Perabad, Montoro y, por último, en Montilla.

³² Gómez Canedo, Lino. *La provincia franciscana de Santa Cruz de Caracas*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1974, vol. I, pp. 63-64 y 206, y vol. II, pp. 73-76; y López, Atanasio (ed.). *Relación histórica de la Florida, escrita en el siglo XVII*. Madrid: Imprenta de Ramona Velasco, 1931-1933, vol. I, p. 118. Medina intentó probar que Oré no llegó a la Florida (ver *Biblioteca*, vol. I, pp. 115-117).

³³ Orden dada en Madrid el 7 de junio de 1613 por fray Antonio de Trejo, comisario general de la orden de San Francisco en las Indias.

³⁴ Cit. en Armas Medina, *Cristianización del Perú*, p. 103.

Estuvo en Córdoba el 21 de octubre, tras lo cual retornó a Montilla, el lugar natal de Solano, a recoger las declaraciones de los cuarenta y cuatro testigos que le conocieron en sus primeros años. Allí, Luis Jerónimo debe de haber conversado nuevamente con su compatriota Garcilaso de la Vega. Los materiales que reunió, complementados con el testimonio de los obispos y arzobispos de Sevilla, Granada, Lima, Córdoba y Málaga, sirvieron de base para su *Relación de la vida i milagros del venerable padre Fr. Francisco Solano de la orden de San Francisco* (Madrid, 1614).³⁵

LAS ACTIVIDADES DE ORÉ EN LA FLORIDA

Los especialistas en la Florida española están familiarizados con la labor de fray Luis Jerónimo de Oré como comisario general de las misiones franciscanas en dicha región.³⁶ En 1614, fray Juan Vivanco, comisario general de la orden en las Indias, le encargó a Oré que visitara la provincia de Santa Elena, la cual incluía las misiones franciscanas de la Florida y las casas de la orden en Cuba. Su primera estancia en la Florida aparentemente fue rápida, pues Oré reportó que no pudo ver tanto como deseaba y que la población estaba demasiado dispersa.³⁷ La presión para que visitara los conventos franciscanos en Cuba probablemente impuso su pronto retorno a la isla. Más bien, sus principales actividades datan de su segundo viaje a la Florida. El 6 de noviembre de 1616 finalmente ingresó en el puerto de San Agustín, luego de una angustiosa travesía de 25 días desde La Habana, pues la mar brava y los vientos contrarios le bloquearon la entrada en la poco profunda ensenada. Cuando finalmente echaron anclas, recibieron la bienvenida del gobernador Juan Triviño de Guillamas, así como de miembros del clero local y de los

³⁵ Plandolit, Luis Julián. *El apóstol de América San Francisco Solano*. Madrid: Editorial Cisneros, 1963, p. 340.

³⁶ Maynard Geiger editó la historia de Oré, junto con un esbozo biográfico, bajo el título de *The Martyrs of Florida, 1513-1616* (New York: Joseph F. Wagner, 1936). La versión española más temprana fue la de López (ed.), *Relación histórica de la Florida*. Véase también Tate Laning, John. *The Spanish Missions of Georgia*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1935.

³⁷ Oré, *The Martyrs of Florida*, vol. I, pp. 119 y 124.

soldados estacionados en el fuerte. Tras una breve estadía de diez días en San Agustín, Oré partió con tres acompañantes religiosos a visitar la vasta frontera, viajando a pie y en canoa. Pasó un promedio de tres a cuatro días en cada misión, examinando la calidad del adoctrinamiento y tomando nota del número de indios bautizados. Por ejemplo, la obra de la misión en Santa Cruz de Tarihica era impresionante: se había enseñado a los nativos a leer y escribir en apenas cuatro años. En Taraco, Oré sostuvo que el uso de nativos conversos para que enseñaran la doctrina y el catecismo era algo viable. A fines de 1616, él mismo convocó al primer capítulo general de la orden en la provincia de Santa Elena de Florida, que se realizó en San Buenaventura de Guadalquini, en la frontera entre los grupos lingüísticos guale y timucua. Allí se prepararon los estatutos, y fray Francisco Pareja, un excelente lingüista que contaba con 22 años de experiencia como evangelizador, fue elegido como primer *difinidor*, mientras que fray Lorenzo Martínez fue nombrado custodio de la provincia. Cuando Oré regresó a San Agustín, llevó a cabo una visita eclesíastica de la catedral de la ciudad. Asimismo, el franciscano pidió que se pusiera fin al conflicto entre las autoridades seculares y las religiosas, y urgió a los soldados estacionados en el fuerte a que llevaran una vida ejemplar.³⁸

Durante su breve estancia en la Florida, Oré reunió información para un texto que habría de convertirse en una fuente estándar para la historia de la Iglesia en dicha región. Las evidencias internas parecen indicar que la «Relación de los mártires» fue escrita poco tiempo después del retorno de Luis Jerónimo a Cuba.³⁹ La historia tenía como base la colección de manuscritos y testimonios orales que recogiera mientras se hallaba en la Florida. Oré había solicitado a cada fraile que brindara información *in verbo sacerdotis*,⁴⁰ indicando su procedencia, el año que había partido a las misiones de la Florida, cuánto tiempo había trabajado en el campo, qué había logrado, qué eventos notables habían tenido lugar y qué mártires

³⁸ Ib., pp. 116-123.

³⁹ Ib., p. 91.

⁴⁰ Ib., p. 112.

había habido. Luis Jerónimo, además, hizo una serie de preguntas en torno de los indios que se hallaban bajo su jurisdicción: qué comían, cómo se les había adoctrinado, y así sucesivamente. Incluyó en la historia una relación hecha por el padre Francisco de Ávila, quien había sido prisionero de los nativos, la cual estaba depositada en el archivo del convento franciscano en La Habana. También se incorporaron reportes laicos en la historia, entre ellos varios referidos a las recién fundadas colonias inglesas del norte. En esta oportunidad, y en otras posteriores, Oré propuso la expulsión de los extranjeros.⁴¹ En su historia de las misiones de la Florida, hizo diversas comparaciones de los nativos del lugar con los del Perú. Su interés por las lenguas indígenas es en todo momento evidente, y alabó la contribución a la conversión de la región hecha por el *Arte de la lengua timuguana* de Francisco Pareja, publicado en 1614.⁴² Oré y otros franciscanos de San Agustín le escribieron al rey el 14 de enero de 1617 anunciando el envío de la historia de las misiones de Florida.⁴³ Luis Jerónimo regresó a Santiago de Cuba, donde probablemente terminó dicha obra. Tras ello, viajó a España. El manuscrito sería recién publicado en la primera mitad del siglo XX.

SEGUNDO INTERLUDIO EN IBERIA

En el transcurso de sus obligaciones religiosas normales, o tal vez durante sus viajes de mar más prolongados, Oré fue preparando un extenso trabajo dedicado a la Virgen. Su devoción al culto mariano quedó en evidencia en el *Symbolo cathólico* y en el *Rituale*, como también durante su estadía en Potosí (así lo señaló Diego de Ocaña). Sevilla era el centro del movimiento marianista y Luis Jerónimo quedó infundido con el entusiasmo espiritual de sus promotores. La voluminosa *Corona de la sacratísima Virgen María [...] dedicada a la misma Virgen sacrosanta, concebida sin pecado original, en su imagen y santuario de Copacavana* fue publicada en 1619. Se trata de uno de los ejemplos más tempranos del impacto del movimiento marianista en los criollos peruanos. Copacavana fue la sede

⁴¹ Ib., pp. 86, 91, 95-97 y 112-117.

⁴² Ib., pp. 58, 77, 93 y 117-118.

⁴³ Ib., pp. 41-45.

de un prestigioso santuario precolombino, y los milagros asociados con la imagen de la Virgen del templo allí construido en la época colonial convirtieron a este en un importante centro de peregrinaje.⁴⁴

Durante los tres años que pasó en España, Oré mantuvo su interés por las misiones de la Florida y, hacia 1620, le escribió al rey y al Consejo de Indias argumentando que se necesitaban treinta nuevos frailes para predicar a más de treinta mil indios de las misiones en Apalache, Santa Elena, Machagua y Latana.⁴⁵ Sirvió bien, y sus actividades, especialmente como vicecomisario franciscano para las Indias, fueron reconocidas por sus superiores y en el Consejo.⁴⁶ Su talento administrativo había evolucionado con el paso de los años, desde los tiempos del conflicto entre seculares y regulares en el valle del Colca a finales de la década de 1580, pasando por la misión en representación del obispo del Cuzco a comienzos del siglo XVII, y terminando con las contribuciones que hizo a su orden franciscana y en mantener las buenas relaciones entre frailes, soldados e indios en la guarnición de frontera de San Agustín. Los tres años de residencia de Oré en España llegaron a su fin, pues fue nominado para obispo de La Imperial (en Concepción, Chile), y el 17 de agosto de 1620 fue presentado por el rey.⁴⁷ Su nuevo destino tenía mucho en común con la Florida, no obstante la distancia que había entre ambos lugares y la marcada diferencia en el medio ambiente: los dos eran asentamientos de frontera rodeados por grupos étnicos amerindios que a menudo eran hostiles, y a comienzos del siglo XVII ambas regiones estaban bajo la amenaza de intrusos extranjeros. Asimismo, los dos lugares se caracterizaban por las convulsiones de la vida de la guarnición; las mujeres europeas eran pocas, como reducido el número de asentamientos hispanos, los cuales tenían una dura vida cotidiana.

⁴⁴ Oré, Luis Jerónimo de. *Corona de la sacratísima Virgen* [...]. Madrid: La Viuda de Cosme Delgado, 1619. En la Biblioteca Nacional en Madrid hay un ejemplar de esta obra. Véase Medina, *Biblioteca*, vol. I, p. 129.

⁴⁵ Oré, *The Martyrs of Florida*, vol. I, pp. 41-45.

⁴⁶ Levillier, *Tucumán*, vol. I, pp. 405-406.

⁴⁷ Vargas Ugarte, Rubén. *Historia de la Iglesia en el Perú*. Burgos: Imprenta de Aldecoa, 1953-1962, vol. II, p. 443; y Medina, *Biblioteca*, vol. I, p. 129.

A Oré le tomó casi tres años llegar a su diócesis, si contamos desde el momento en que fue nombrado. La flota siguió la ruta normal de España al Caribe, y desembarcó en Nombre de Dios, cruzando luego el istmo a la ciudad de Panamá. Otra nave le condujo entonces en la lenta travesía hacia el sur. Luis Jerónimo desembarcó en Trujillo, en la costa norte peruana, y luego viajó a la sierra, dirigiéndose directamente a su tierra natal, la ciudad de Huamanga, que había dejado hacía ya tantos años. Se dice que, como obispo, confirmó a catorce mil personas en el camino. En su ciudad natal visitó a la familia que aún le quedaba, en especial a sus hermanas, las fundadoras del convento de las clarisas, y poco después inició su viaje a Chile.⁴⁸

LA ÚLTIMA FRONTERA: ORÉ COMO OBISPO DE CONCEPCIÓN (CHILE)

El franciscano viajó hacia el sur desde El Callao con el visitador general Francisco de Villaseñor, abordo de una flota que llevaba trescientos soldados para la defensa de Chile, tanto de enemigos internos como externos. Su diócesis de La Imperial había sido creada medio siglo antes a partir del obispado de Santiago. Desgraciadamente, fricciones entre las dos jurisdicciones perduraban, tal vez debido a los beneficios perdidos. La Imperial era una de las diócesis más difíciles de administrar en América: el territorio araucano pasaba por su mitad, dividiéndola así en dos partes separadas por los indómitos guerreros. Concepción, que era poco más que una fortaleza militar para cuando el obispo arribó, se hallaba en la parte norte de la diócesis, cerca del río Bío Bío, que delimitaba la frontera entre los europeos y los indios. La parte meridional comenzaba cientos de kilómetros hacia el sur y se extendía hasta el término del continente. Los pequeños puestos en la expuesta costa sur eran presa fácil de los intrusos que ocasionalmente osaban hacer el difícil paso por el Estrecho de Magallanes. Oré, nuevamente, buscó iniciar una visita pastoral lo antes

⁴⁸ ASFL, reg. 10, ff. 29r-31v. Las monjas dieron a su hermano, el 7 de noviembre de 1622, un poder para que representara al convento ante la Real Audiencia de Lima. El 5 de enero de 1623, Oré transfirió el poder a fray Jerónimo Serrano, el procurador interino de los franciscanos en el Perú.

posible a fin de examinar y confirmar a los indios convertidos. El asunto más difícil y apremiante era llegar a las misiones en la isla de Chiloé. Hizo esto en compañía de dos jesuitas, casi cuando cumplía su septuagésimo cumpleaños. Viajó en una pequeña piragua por mar y visitó varios puestos, entre ellos Carelmapu, Maullin y otros al norte del Canal de Chacao. El franciscano esperaba llegar a Osorno y Valdivia en esta visita, pero no lo logró, y probablemente se vio decepcionado por la pequeña población de nativos americanos que encontró y su resistencia a la conversión.⁴⁹ Luego de esta visita, convenció a los oficiales de la real hacienda en Santiago que financiaran a cuatro jesuitas más para la misión Castro en Chiloé, un paso importante para asegurar la supervivencia del poblado. Los misioneros, finalmente, trabajarían con los indios guaytecas y chonos.

El obispo Oré estableció nuevas parroquias en la diócesis y abrió un seminario en Concepción para formar sacerdotes.⁵⁰ Sin embargo, en este puesto de frontera, el seminario fue débil desde el principio. Había pocos candidatos para el sacerdocio y estos carecían generalmente de las características deseables. Las demandas exigidas al clero de las guarniciones y al que servía entre los indios requerían de una formación especial. Pronto surgieron las quejas de que Oré había ordenado a personas no aptas para el sacerdocio y que el seminario no estaba preparado para cumplir su papel educativo. El obispo se defendió argumentando que la mayoría de sus doctrinas estaba bien cuidada espiritualmente y que algunos beneficios vacantes habían sido cubiertos. En una carta de defensa enviada a Felipe IV el 4 de marzo de 1627, el franciscano subrayó que sus curas predicaban perfectamente en la lengua araucana, para así enseñar mejor

⁴⁹ AGI, Chile, 60 y 61; Silva Cotapos, Carlos. *Historia eclesiástica de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta de San José, 1925, pp. 74-85; Vargas Ugarte, *Historia de la Iglesia*, vol. II, pp. 443-444; y Medina, *Biblioteca*, vol. I, p. 130. Consúltese también a Olivares M., Luis, O.F.M. *Provincia franciscana de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universidad Católica, 1961. Durante la visita, y probablemente sin que él lo supiera, Oré había sido nominado para la plaza vacante del obispado de Tucumán. Un informe fue presentado en Madrid el 15 de diciembre de 1624 detallando sus logros y carrera, pero los cuatro votos que recibió no bastaron para que fuera elegido (Levillier, *Tucumán*, vol. I, pp. 405-406).

⁵⁰ Silva Cotapos, *Historia eclesiástica*, p. 83; y Vargas Ugarte, *Historia de la Iglesia*, vol. II, pp. 443-444.

la doctrina cristiana. Una vez más, el Oré lingüista y mediador subrayó la necesidad de que el clero pudiera comunicarse con los indios en su propia lengua.⁵¹ Por otro lado, Luis Jerónimo enfrentó directamente los desafíos claros y peligrosos del capitán general local con respecto al real patronato. El gobernador reclamaba la autoridad para nombrar a los capellanes de los fuertes, en tanto que el obispo sostenía que el derecho a designarlos yacía en manos de la Iglesia y no de la Corona. En efecto, en su correspondencia de 1627, Oré defendió la autoridad de Roma, sugiriendo que los intentos reales de nombrar a personas en cargos religiosos —los capellanes de las guarniciones inclusive— lindaban con la herejía anglicana (mencionó a Enrique VIII), y dejó abierta la posibilidad de excomulgar a los oficiales reales que osaran designar a los capellanes locales.⁵²

Al mismo tiempo, Oré se involucró en la cuestión de la defensa de los indios tomados como esclavos en las guerras araucanas. El 9 de diciembre de 1627, Luis Fernández de Córdova y Arce, gobernador y capitán general de Concepción, escribió al obispo en relación con el sermón que este había dado el día anterior:

De lo que vuestra señoría dijo ayer en el sermón algunas cosas juzgue (como otras) por no de aquel rigor. Pues lo que el señor obispo de Chiapa[s] escribió defendiendo a los naturales de las Indias no se entiende con los rebeldes deste reyno apóstatas los más de nuestra santa fe que con tan grandes insultos la han negado como la obediencia al rey NS.⁵³

Valdría la pena que el obispo se molestara —decía el gobernador— en

mirar como lo dice en la cédula de dicha esclavitud de que con este envió a vuestra señoría, cuya causa está hoy con más justificación para que sean esclavos estos rebeldes que cuando se despachó dicha cédula por averse guardado trece o catorce años el modo de la guerra defensiva en tan gran perjuicio de este reyno, vidas de españoles y menoscabo de la real hacienda.⁵⁴

⁵¹ AGI, Chile, 60; y Vargas Ugarte, *Historia de la Iglesia*, vol. II, pp. 443-444.

⁵² AGI, Chile, 20.

⁵³ AGI, Chile, 60.

⁵⁴ Ib.

Luis Jerónimo respondió al día siguiente: «Ayer tarde recibí el papel que vuestra señoría se sirvió escribirme y la cédula de SM de la esclavitud de estos indios y con lo uno y otro recibí mucha merced». Gran parte de la respuesta concernía a la cuestión de la autoridad para hacer nombramientos temporales de clérigos que administraran los sacramentos, y Oré hacía referencia a algunos problemas con ciertos religiosos en la isla de Chiloé, los que debían ser investigados y posiblemente disciplinados. Respecto del tema de la esclavitud india, el obispo dijo: «Pues tiene valor para mediar y componer y remediar mayores daños la cédula de esclavitud es del año de [160]7 y me he [h]olgado de verla y aquella [h]a estado suspensa con la guerra defensiva». El franciscano repasó los detalles y esbozó su propia ansiedad:

en esta materia estoy tan neutral que cuando veo algún mal suceso en los nuestros lo siento en el alma y deseo el castigo y cuando a los enemigos los veo muy acosados errados y bendidos y los veo llevar apartes con guinguas [sic] me acuerdo que tienen ángel que los defienda y que soy su obispo y ruego a nuestro Señor los humille y convierta y reduzga al gremio de la santa Iglesia.⁵⁵

El gobernador Córdova y Arce respondió esa misma tarde, sosteniendo saber muy bien lo que la cédula refería con respecto al patronazgo, así como los concilios de Trento y Lima, e indicando que defendería su jurisdicción. El 16 de enero de 1628, el gobernador le escribió al rey, presentándole un informe completo de su posición y su creciente exasperación con la de Oré.

La política indígena del obispo en Chile estaba formulada claramente y muchas vidas podrían haberse salvado de habérsela seguido consistentemente. Él pedía el retiro de las fuerzas militares hispanas del territorio reclamado por los araucanos y proponía que ambos grupos aceptaran al río Bío Bío como la frontera natural, para así minimizar la posibilidad de que se produjera un conflicto armado. Al mismo tiempo, se debían incrementar los esfuerzos evangelizadores para atraer a los araucanos a la fe y prepararles para una existencia pacífica dentro del sistema hispano.

⁵⁵ Ib.

Durante la estadía de Oré en Concepción, las relaciones entre araucanos y españoles, aunque a menudo tensas, fueron estables gracias fundamentalmente a las admoniciones que hacía el obispo a ambos bandos y, en particular, a sus intentos de persuadir a los jefes de las guarniciones militares de que mantuvieran la paz. Su muerte, el 30 de enero de 1630, produjo una ruptura en esta tregua informal. El obispo de Santiago envió un mensaje al rey tres meses más tarde (el 16 de abril) lamentando la pérdida de los puestos de Angol, Purren y Paycaui. Le preocupaba que la zona de guerra se extendiera profundamente dentro de su diócesis y, muy reveladoramente, pidió no clérigos, sino dos mil soldados, de preferencia hombres de España.⁵⁶

Tres días antes de su muerte, Oré dio a conocer su última voluntad y testamento ante el notario público Fernando de la Concha. El testamento es relativamente breve, lo que sugiere que en el momento en que lo otorgó estaba enfermo y cerca de la muerte. En él, fundó una capellanía dedicada a San Luis, el rey de Francia, «nuestro deboto y abogado», con misas perpetuas semanales para las «ánimas de[l] Purgatorio». Su biblioteca personal —los títulos de los volúmenes desafortunadamente no aparecen en el inventario— la legó al convento franciscano de Concepción, con la estipulación de que los libros no podían circular fuera de sus muros. Su hermano Francisco de Oré, arcediano de Huamanga, le había prestado 3700 pesos para un importante asunto financiero personal. El moribundo Oré devolvió mil pesos en el testamento y con el «corrido de nuestra renta» ordenó que los restantes 2700 fueran retirados de su patrimonio y enviados a Huamanga para que se los entregaran al obispo, con el objeto de que se prosiguiera con la construcción de la capilla del convento de Santa Clara.⁵⁷

Algunas disposiciones importantes del testamento están referidas a diversos amerindios. Oré menciona a dos esclavos de su propiedad: un negro llamado Juan Castellano y un indio auca de nombre Pedro de Ylicusa (?). Asimismo, señala que el gobernador y capitán general don

⁵⁶ AGI, Chile, 60; y Medina, *Biblioteca*, vol. I, p. 131.

⁵⁷ Pello, «Los últimos días», p. 163.

Pedro Soses de Ulloa le había entregado un niño capturado en las guerras indias de nombre Jerónimo, al cual había «doctrinado y enseñado» por siete años, desde el momento en que el obispo llegó a Chile. El franciscano le pedía al gobernador que «amparar[a]» al muchacho para que pudiera servir como capellán de la capellanía creada en su testamento, y que «no consienta se le quite por alguna persona por vía de encomienda ni en otra manera alguna». Además, el gobernador y capitán general Luis Fernández de Córdova le había dado un indio llamado Pedro Milla Quiñe, nativo de Tirua, el cual había sido tomado prisionero en un conflicto ocurrido después de publicado el decreto de la esclavitud, y a quien Oré bautizó y casó. Dijo que era su voluntad que este indio atendiera al primer capellán de dicha capellanía, el padre Pedro de Serpa (el *sobrino* del obispo). Antón, otro muchacho indio que el maestre de campo Pedro Páez Castillejo había enviado de Chiloé a cambio de cincuenta misas, fue también asignado en el testamento a que ayudara al capellán. El moribundo obispo indicó además que un indio llamado Baltasar, fallecido en Concepción, le había dejado a su hijo Juan para que le sirviera, y en el testamento también dispuso que atendiera al «capellán de la dicha capellanía *haziéndole el buen tratamiento q[ue] yo les [h]e hecho a todos*». ⁵⁸

Estas palabras, probablemente las últimas de Oré que fueran escritas, captan su espíritu. A él le alimentaron madres amerindias. Él conocía y apreciaba las lenguas nativas, y su respeto por el quechua y el aimara como lenguas bellas y poderosas fue permanente. A lo largo de su carrera religiosa, Luis Jerónimo subrayó que quienes deseaban tener éxito en sus esfuerzos evangelizadores debían hablar fluidamente las lenguas de sus feligreses. Él hizo lo que pudo para proteger y promover los intereses de los amerindios, ya fuera en Jauja, el valle del Colca, las minas de Potosí, las tierras húmedas de la Florida o la frontera del Chile meridional.

⁵⁸ El subrayado es mío. De otro lado, Oré legó nueve pinturas religiosas a la catedral de la ciudad, entre ellas una escena de la crucifixión de Cristo, San Gregorio y San Jerónimo, María y su niño en brazos con ángeles a los lados, un *Ecce Homo*, la adoración de los reyes, un descendimiento de la cruz, Cristo atado a la columna, Santa Ana y María, y «otra tabla del papel del juicio». Otros ornamentos religiosos y la «lámina de la conversión de San Pablo» en su residencia fueron también donados a la catedral (Ib., pp. 168-169).

En este lugar, si no antes, Oré ya estaba claramente dentro del campo las-casiano, lo que resulta evidente en su sermón de 1627. Él logró contener los excesos de los militares y tuvo un papel activo en la promoción de la paz en la frontera. Ya fuera por accidente o intencionalmente, el franciscano pudo actuar como un intermediario que unió los dos mundos. ¿Por qué? Hay diversos factores. Su crianza fue bicultural e incluso tricultural. Él formó parte de una minoría que frecuentemente vivía y trabajaba en medio de un mar de amerindios, no obstante el *colapso demográfico* que venía dándose. Sus padres le implantaron un sólido conjunto de valores culturales y religiosos mientras crecía. En lugar de *convertirse en un indio*, como les sucedió a muchos en circunstancias similares, Oré quedó sólidamente casado —y, a decir verdad, enraizado— con el catolicismo español. Él era naturalmente curioso y podía ver y deseaba comprender las diferencias existentes con los *otros*. En sus escritos, frecuentemente comparó un grupo cultural con otro. Así, tenía la curiosidad de conocer no solo los conceptos religiosos, sino también lo que la gente comía, cómo se vestía y actuaba. Esa mentalidad, insólita entre la mayoría de los blancos, le permitió llegar a un conocimiento mucho más profundo de los indígenas que el que tuvieron otros religiosos de la época, y por esa razón su papel como traductor y misionero fue especialmente exitoso.



This essay reconstructs the biography of the Franciscan Luis Jerónimo de Oré, one of the most distinguished personages of American colonial history of the late sixteenth and early seventeenth centuries. It emphasizes his role as missionary in the New World and representative of his order in Europe. Member of a long-honored family of the local elite in Huamanga, Oré established ties with other cultural groups in diverse regions such as the central Andes of Peru and Bolivia, the coast of Florida, and southern Chile.

Key Words: *Luis Jerónimo de Oré, Franciscans, Evangelization, Colonial church, Indigenous languages*

